

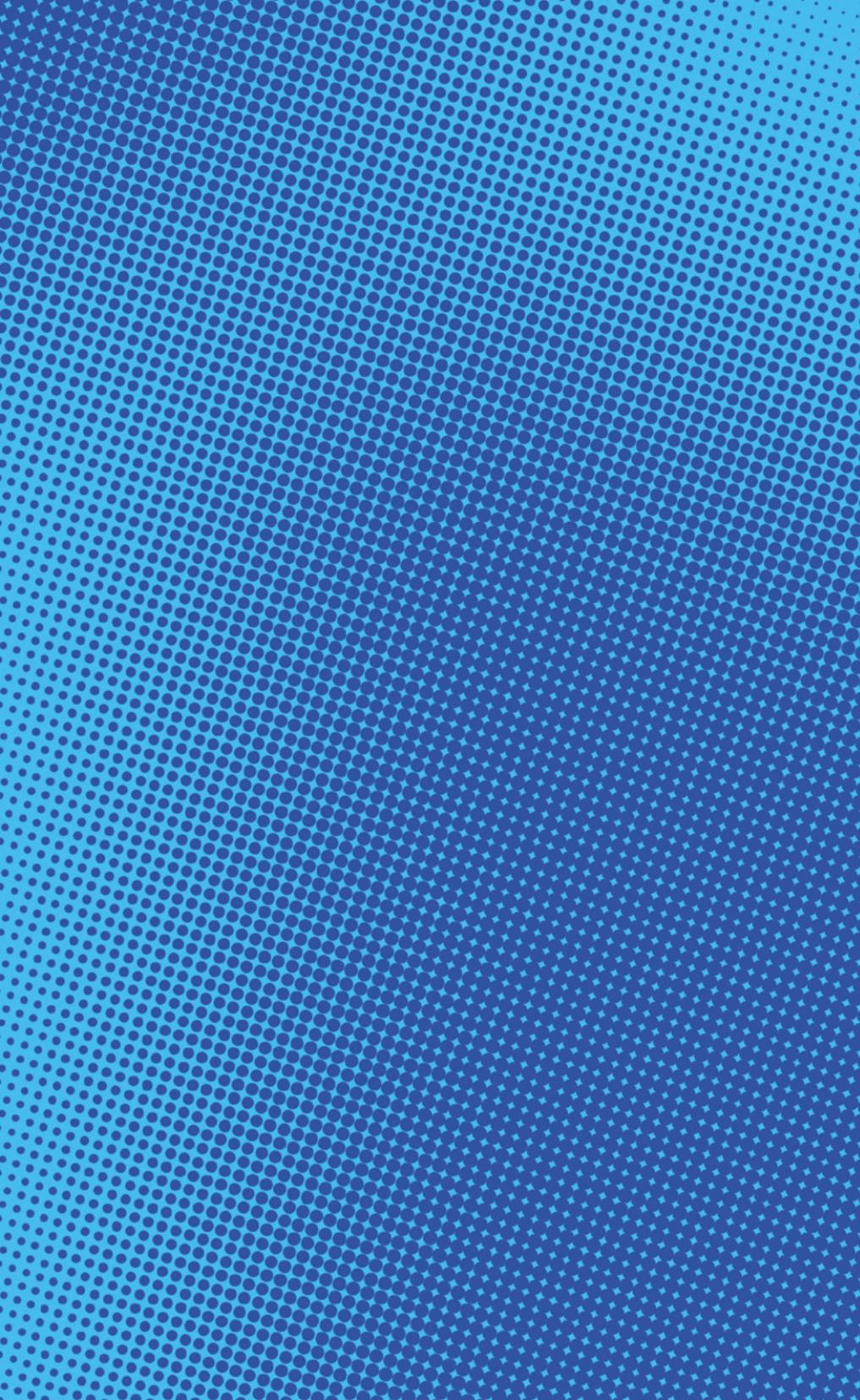
PABLO MARTÍNEZ ALIAGA

FILODORO ENAMORADO

SERIE MONTELUNA

CULTUREBOOKS

TEATRO



PABLO MARTÍNEZ ALIAGA

FILODORO ENAMORADO



PRIMER PREMIO
II CERTAMEN NACIONAL
DE TEXTOS TEATRALES
MONTELUNA



Universidad
de Huelva



Ayuntamiento
de **Cartaya**

Datos Edición

Primera edición en formato Papel: enero 2008

Primera edición en formato ebook: agosto 2020

© Universidad de Huelva

© Pablo Martínez Aliaga

Colección: CULTUR**e**BOOKS

Serie: **MONTELUNA** / N°: 5

Papel: Estucado mate 130 g

Encuadernación: Estucado mate 300 g

Impresión: Impreso en España. *Printed in Spain*

Depósito Legal: H-18-08

ISBN papel: 978-84-96826-42-7

ISBN Ebook: 978-84-18280-81-8

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.

QR DE DESCARGA



EBOOK



Citar
el libro



Navegar por
marcadores e
hipervínculos



Realizar
notas y
búsquedas
internas



Volver al índice
pulsando el pie
de la página



Comparte
#LibrosUHU



Únete y
comenta



Novedades a
golpe de clik



Suscríbete
a nuestras
novedades

JURADO DEL II CERTAMEN NACIONAL DE TEXTOS
TEATRALES MONTELUNA UNIVERSIDAD DE HUELVA

D. Francisco José Martínez López,
Excmo. Rector Magnífico de la Universidad de Huelva,
en calidad de copresidente del Jurado.

D. Juan Antonio Millán Jaldón,
Ilmo. Alcalde-Presidente del Ayuntamiento de Cartaya,
en calidad de copresidente del Jurado.

D^a María Amor Pérez Rodríguez,
Profesora de Literatura de la Universidad de Huelva.

D. Miguel Pérez Ramírez,
Profesor del Taller de Teatro Municipal del
Ilmo. Ayuntamiento de Cartaya.

D. Juan Antonio Estrada López, Programador Cultural de
la Excma Diputación Provincial de Huelva.

D. José Antonio Ruíz,
Actor y director teatral.

D. Daniel Mantero Vázquez,
Técnico de actividades culturales
de la Universidad de Huelva, que actúa como Secretario.

Comedia en tres actos intitulada

Filodoro Enamorado

Compuesta en verso
como Dios le dio a entender al autor della,
siguiendo la discreción de su propio juicio
y la enseñanza de los grandes maestros
a quienes esta obra
quiere servir de humilde homenaje

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

FILODORO, conde de mediana edad, soñador y enamorado.

ENDOCRINO, su siervo.

DON METÓDICO FLORO, joven noble, amigo de Filodoro.

DOÑA ELVIRA, dama prometida de don Metódico.

DON ALBINO, joven donjuán.

EL NOBLE JUAN, un caballero español idealista.

LA DUEÑA, ama de doña Elvira.

DON POLIMORFO, rico mercader, padre de doña Elvira.

CATALINA, dama descocada y de ligeras costumbres.

PROSERPINA, sirvienta de don Filodoro.

PALIMPSESTO, médico y barbero.

EL TROVADOR GRIS

EL TROVADOR NEGRO

UN MAYORDOMO

DOS LACAYOS

(Guardias, malabaristas, músicos, tragafuegos
y demás gente de fiesta.)

Acción: Toledo, a finales del siglo XVI.



ACTO I

CUADRO I

Jardín de la casa de los duques de Orellana. Grandes ar- bustos y parterres llenan el escenario. Al fondo, en el foro, se levanta -cerca do de enredaderas- el balcón principal del palacete. Es de noche, la luna luce en el cielo con todo su esplendor primaveral. Entra Filodoro con sigilo vestido de trovador con un laúd en las manos. Toca.

FILODORO: (Cantando)
“Hermosa Catalina,
hermosa Catalina...
¿Qué ley de amor consiente,
olvidar al ausente lastimado.
Que un tiempo fue de ti
tan regalado, tan regalado...?
(Acelera el ritmo y lo marca con un leve bailoteo.)
Y pues alegremente...
Y *pues alegremente...*
Mi corazón...
Mi corazón en prendas recebiste...
Cruel... ¿qué es de la fe que tú me diste?
Cruel, cruel, ¿qué es de la fe que tú me diste?
Que tú me diste.....”

Filodoro acaba su canción, espera unos segundo mirando fijamente al balcón pero no pasa nada.

FILODORO: *(Al rato.)*

Nada, ni caso.

(Gritando.)

¡Ah, mi señora doncella,
mi gran lirio idolatrado,
observad en cual estado
se halla mi desventura,
que trovando en esta altura
me siento desconsolado.

Salid ya de vuestro cuarto,
dulce señora querida,
que os prometo por mi vida
que nadie nunca os amó
como éste -que soy yo-
cargado de galanura.

(Para sí.)

¡Qué finura!

Silencio absoluto.

(Para sí.)

¡Rediez!, por mucho que trovo,
la trova no surte efecto.

¡Qué drama más circunspecto
aqueste de mi trovar,
que más que crear afecto
da ganas de bostezar!

Ve al público y se dirige a ellos. Sorprendido.

¡Vive Dios! ¡Si tengo público!
Señoras, señores, gentes
que escucháis este trovar,
decidme: ¿qué debo dar
a mi alta enamorada,
que cese de dormitar
y retire su almohada
para sentirme cantar?
¿Calláis? ¡Ah, bellacos infames!
¿Es que sois gente de trova?
Seguro que todos sois
de mi amada enamorados,
y venís, aprovechados,
a rondarla con la aurora.

Se levanta de entre el público un joven –Endocrino- vestido con llamativas y desusadas ropas campesinas. Se dirige al escenario.

ENDOCRINO: ¡Ah no, mi señor, eso no!
de enamorados no hay nada, q
ue la gente que hay aquí
ha pagado por la entrada¹.

FIODORO: ¡Endocrino! ¿Qué haces aquí?
¿Rondando a mi bienamada?

(1) En caso de que la representación sea gratuita, sustituir por el verso "...ha hecho cola por la entrada".

ENDOCRINO: Nada más lejos, señor.
Que os eché yo la mirada
cuando, vestido de trova,
saltasteis la balaustrada.

FILODORO: Así es, mi buen lacayo,
mi buen Endocrino, amigo,
es que ardo yo en deseos
de amores por Catalina
y ella me desestima.

ENDOCRINO: ¿Habéis probado con versos?

FILODORO: ¿Con versos dices?
Hilado he dos mil rimas,
cantado tres mil sonetos,
recitado redondillas,
coplas, cantos y tercetos...
Romances y tonadillas,
madrigales y sextetos,
ensaladas y motetes,
doscientas odas sencillas,
trece mil versos secretos,
una galante obertura
y dos o tres “adagiettos”.

ENDOCRINO: ¿Eh?

FILODORO: Y de nada me ha servido.
Ah, mi Endocrino querido,
heme aquí martirizado
por amores hechizado

de la hermosa Catalina...

ENDOCRINO: Señor, va a cantar el gallo.

FILODORO: ¡Cómo si canta gallina!

Endocrino coge por el brazo a Filodoro e intenta llevárselo antes de que amanezca.

ENDOCRINO: Que amanece, señor, digo....

FILODORO: ¡Oh, heme aquí, triste de mí,
por amanecer vencido.
Toda la noche velando
y de nada me ha servido!

ENDOCRINO: Consolaos, mi señor,
que más noches ha de haber
para cumplir sus amores
con tan noble proceder.

FILODORO: ¿Es este tu parecer?

ENDOCRINO: Ya vendrán tiempos mejores.

FILODORO: Puede ser, puede ser.

Endocrino coge del bazo a un Filodoro abatido y lo lleva hacia la derecha para salir de escena. Sale al balcón un joven en paños menores. Filodoro lo ve y se detiene de inmediato.

FILODORO: *(Gritando.)*
¡Jesús Bendito! ¿Qué veo?
¡Un hombre en la balconada!

ENDOCRINO: ¡Pschhhht! Callad mi señor,
despertaréis a la guardia.

FILODORO: (Fuera de sí.)
Ah, maldito usurpador,
truhán, traidor, mal nacido,
hideputa mal habido,
miserable violador...

ENDOCRINO: Por Dios, teneos, señor.

FILODORO: ¿No ves, mi buen Endocrino,
que subido hay a la almena
un varón alto y albino
que al infierno me condena?

ALBINO: *(Desde el balcón.)*
¿Quién grita, quién anda ahí?

FILODORO: ¡Ah, maldito!, heme aquí
presto a la justa batalla.
Bajad de la balconada,
que en mi mano tengo espada
que os arranque la virtud.

ENDOCRINO: Cesad vuestra voz airada,
que lo que en la mano habéis
no es espada, que es laúd.

Sale Catalina al balcón. Va en paños menores, casi desnuda.

CATALINA: ¿Qué es todo este alboroto?

FILODORO: (*Sufriendo un sincopal.*)
¡Ah! ¡Mi doncella pura!
¡Hállomela desvestida
desde el cuello a la cintura!

ENDOCRINO: (*Al público.*)
No está mal la criatura...

CATALINA: ¿Quién vocea en los jardines?

ALBINO: Un trovador imprudente.

CATALINA: ¿Un trovador? ¡Un demente!

FILODORO: Mi señora, qué dolor.

CATALINA: ¿Vos de nuevo?
Marchaos, mísero indigno.

FILODORO: ¡Me rechazáis! Por fe mía,
¿qué ha sido de los sonetos,
de los versos que os decía?
¿Acaso ya no os importan
mis sublimes poesías?

CATALINA: No son versos lo que quiero,
triste tonto trovador,

más harías, y mejor,
en largarte de este fvero
y en aprender otras artes.
Que para damas holgar,
no es tan menester cantar
como el aliviar sus carnes.

Coge a Albino por el hombro con cierta insinuación y lo conduce dentro de los aposentos. Quedan en escena Filodoro, arrodillado, y Endocrino, nervioso, mirando a un lado y a otro por si viene la guardia.

FILODORO: (*Lloriqueando, abatido.*)
¡Catalina! ¡Catalina!
Otro virgo fenecido.
Otro amor controvertido,
otra pasión demudada.
¡Oh, mi vida sin sentido!

ENDOCRINO: Marchemos ya, señor, presto,
que siento batir de lanzas...

FILODORO: Ah, mi querido Endocrino,
de amores y todo esto
acábanse mis andanzas.
Barrunto tiempo de chanzas
a costa de mis fracasos.
Mi corazón, a pedazos,
carece ya de esperanzas.
Y en lo que a mí se me alcanza
mal tiempo me ha de venir:
Voy a ser hazmerreír,

burla de la cruel usanza.
Y, ante este porvenir,
más me valiera morir.
¡Quiero morir sin tardanza!

Entra la guardia de lanceros por la izquierda. Filodoro y Endocrino salen por la derecha, el criado tirando de su señor, perseguidos por la guardia. Cae el telón. Fin del primer cuadro.

CUADRO II

Salón de la casa de Filodoro. Todo está lujosamente decorado al estilo de la época. Hay una gran mesa y amplias butacas. Cuadros colgados de las paredes y alguna que otra armadura como decoración. La gran puerta de doble hoja de entrada a la habitación está a la derecha del escenario. En una de las butacas se encuentra Filodoro recostado, herido, lleno de morados, completamente abatido y medio desvestido del atuendo que llevaba en el primer cuadro. Endocrino va de un lado a otro llevando las ropas de su señor, procurándole atenciones y limpiándole las heridas.

FILODORO: *(Suspirando.)*
De mis dulces enemigas
hay un mal que nunca muere...
Mucho las amo yo a ellas
pero ninguna me quiere.
¡Ay!

ENDOCRINO: Ved, señor, qué necesidad
tenéis vos de estos tormentos;
si no hay en vuestro estamento
mujeres a quien amar
buscadlas, pues, en las calles,
que se vencen al pagar.

FILODORO: Calla, memo, que no entiendes
la razón de mi penar.

ENDOCRINO: ¿Qué no lo entiendo, decís?
¡Pues no lo entiendo, es verdad!
Porque a ver quien lo comprende:
que un conde de su valía
vaya por amor penando e
ntre tanta puta arpía.

FILODORO: ¿Puta dices? ¡Calla, perro!
¿Qué sabes tú de amoríos?
¿Qué sabes del alma que ama?

ENDOCRINO: Mirad vos lo que yo sé:
que la mitad de las veces,
todo aquel que dice que ama
se ve saciado en la cama.
Y al día siguiente al acto
se le pasan los amores.
¿Al día siguiente? ¡Ipso facto!

FILODORO: Ah, patán, hombre insensible.

ENDOCRINO: Miraos ahí postrado

vos que fuisteis tan galante.
¿Qué dama merecería
tener por querido amante
a un hombre tan formal,
tan entero e importante?
Esta es ya la quinta vez
-si es que yo mal no hago cuentas-
que os toca salir corriendo,
que os postráis aquí, herido, p
or amores humillado.
¡Mirad qué penoso estado!

FILODORO: No, Endocrino.
No juzgues mal mi querer.
Que yo he amado con el alma
a toda honrosa mujer
que inspiró antaño mis versos
y mi triste acontecer.
Cinco veces, dices bien,
he vuelto desconsolado.
Pero... ¿Qué le voy a hacer
si he nacido enamorado?

ENDOCRINO: Aprendeos la lección.

FILODORO: Eso quisiera, felón.

Entra un mayordomo por la derecha, acompañado de dos lacayos con lujosas vestiduras a juego con la decoración de la escena.

MAYORDOMO: Señor conde Filodoro

presto os he de presentar al noble Metódico
Floro, que acabado es de llegar.

FILODORO: ¡Mi buen Metódico,
hacedlo presto pasar!

MAYORDOMO: *(Abriendo la puerta. A Metódico que espera fuera.)*

¡Pasad a comunicar!

El mayordomo abre la puerta. Entra Metódico. Salen el mayordomo y los dos lacayos cerrando la puerta a su salida.

FILODORO: *(Suspirando. Lleno de dolor.)*
¡Ay, Metódico, qué dicha!

METÓDICO: *(A Endocrino, alarmado por el estado de ánimo de Filodoro.)*

Por Dios Santísimo,
qué evidente deterioro.

ENDOCRINO: La más trágica desdicha.

FILODORO: Sírvenos bien, Endocrino,
algunas copas de vino
y cesa ya de criticar.
El vino alivia mis penas
si pones tino y las llenas.

METÓDICO: Filodoro, Dios bendito,
¿a qué se debe este trance?,
¿y estas ropas?, ¿y esta sangre?

FILODORO: De amores vengo vencido.

METÓDICO: ¿Otra vez?

FILODORO: Sí.

ENDOCRINO: (*Mientras sirve el vino.*)

Así es...

METÓDICO: ¿Y no escarmentáis, amigo?

FILODORO: ¿Y qué culpa tengo yo
de nacer apasionado,
e ilusiones atrapado
por la dicha del amor?

METÓDICO: ¿Decís qué culpa tenéis?
Os recuerdo, amigo mío,
que son cinco veces ya
que desengaños y líos
os vienen a perturbar.
La primera, Rosalinda
-si yo no recuerdo mal-,
sí, la bella Rosalinda,
la de tan alto mirar,
os escupió tal gargajo
que casi os hizo desmayar.
Cinco días con sus noches
tardasteis vos en curar
de la muy grande ceguera,
de aquella penalidad,
que el gargajo de la dama

vino en vos a provocar.

FILODORO: ¡Dolosa fatalidad!
¿Me lo habéis de recordar?

METÓDICO: Por no hablar de la segunda,
doña Ildebranda Donoso,
que por amores su hermano
y un pretendiente celoso
os dieron certero estoque
no mortal, sí doloroso.

ENDOCRINO: A mí me habéis de decir,
que encontrélo yo en un pozo
descalabrado y marchito,
medio muerto y en reposo.

FILODORO: ¡Oh destino peregrino!

METÓDICO: ¡Oh Fortuna sin razón!
Recordad a Palimsesta,
la de la casa de Gecho,
la musa de altivos pechos
y la melena dorada.
Recordad a su señor
que casi os da muerte a espada
mientras hablabais de amor.

FILODORO: ¡Qué desdicha, qué dolor!
¡La fe de mi enamorada!

ENDOCRINO: ¿Enamorada decís?

¡Si hasta el más corto y patán rapaz se la cepillaba!

FILODORO: Por fe mía, desdichado,
¿a que te parto la cara?
¿Quieres que a puñal te mate,
ignorante deslenguado?
Calla y sirve que es tu oficio.

METÓDICO: Más no os enfadéis con él,
que razón no ha de faltarle
a quien conoce los chismes
desde el cura hasta el alcalde.
Además... ¿No recordáis
la cuarta de vuestras divas?
La que en noble comitiva
salisteis presto a buscar...
¿En qué condición la hallasteis?

FILODORO: ¡Desnuda en el muladar!

METÓDICO: Y con un guapo teniente,
dispuestos a fornicar.

FILODORO: ¡Ay, mi adorada Elisenda,
labios puros, pelo de oro!

ENDOCRINO: (*Al público, confidencialmente.*)
Que todos acariciaban
salvo el señor Filodoro...

FILODORO: Pero por Dios que es bastante

parlamento sobre mí.
Referidme, caro amigo,
lo que os ha traído aquí.

METÓDICO: Ya veis, mi amigo querido,
cuán curiosa es esta vida.
Vos por cuitas deprimido,
yo gozoso por mis cuitas.

FILODORO: ¿Y la razón de esa dicha?

METÓDICO: Hace meses conocí,
a la más hermosa dama,
a la rosa más temprana
que puebla nuestro jardín.
En mi casa está alojada
con su padre Polimorfo
que es un hombre de postín.

FILODORO: ¿La conozco?

METÓDICO: Tal vez sí.
Es mi señora tan bella,
que a cada paso que da
se iluminan las estrellas
que hay en el firmamento
por darle más luz a ella.

ENDOCRINO: ¿Vos también enamorado?

METÓDICO: ¿Enamorado, decís?
Llamarlo así es poca cosa.

En dos semanas, tan solo,
espero hacerla mi esposa.

FILODORO: ¿Qué? ¿Vos casado?

METÓDICO: Así es, ¿no os alegráis?

FILODORO: Excusad que muestre envidia
por vuestra grata fortuna.
Vos sin buscar encontráis,
yo buscando, no doy una.
Me paso la vida amando
y no me ama ninguna.
Nada tengo que ofrecer
al veros afortunado.
En este trance que vivo
veo otra vez mi fracaso
y os encuentro a vos servido...

METÓDICO: ¡Mi buen amigo!
¡Mostrad algo de alegría
por la suerte que he tenido!

FILODORO: Si yo la muestro, en verdad,
pero que queréis que haga
si no ceso en mi pesar,
y si mis loas y risas
no se acaban de notar.

ENDOCRINO: Tened coraje, señor,
mirad al joven Metódico,
hace dos años soltero,

hace uno casadero
y ahora bien prometido.
Todo llega en su momento.

METÓDICO: Y sin haberlo pedido.

FILODORO: Pues bien, mi querido amigo,
ya que tal suerte tenéis,
ruego a Dios que disfrutéis
de vuestro futuro estado.
Y dejadme ahora postrado
por mis penas dolorido,
que mal no hay más cautivo
que sentirse enamorado
y jamás correspondido.

METÓDICO: ¿Dejaos yo en este trance?
¡Jamás!
¿No somos acaso amigos?
Una gran celebración,
de mis bodas con motivo,
voy a dar aquesta noche
en la casa donde vivo.

FILODORO: ¿No pensaréis invitarme?

METÓDICO: Yo quiero que estéis conmigo.

FILODORO: ¿Para qué, si estoy perdido?

ENDOCRINO: Señor conde, le hará bien
salir a fiesta esta noche

y divertiros un poco,
que la sangre se alimente
de un poco de buen jolgorio.

METÓDICO: Tendremos cien danzarinas,
tragafuegos, luchadores,
músicos y trovadores...
Vino tinto en abundancia

(Con complicidad.)

Y seguro que encontráis
alguna dama dispuesta
a aminorar vuestras cuitas
con las artes de su ciencia.

FILODORO: No sé, no sé...

METÓDICO: Lo doy entonces por hecho.
Y marchándome ahora os digo:
que sería para mí,
orgullo y magno destino
que aceptaseis -¿podrá ser?-
ser de mi boda el padrino.

FILODORO: Gran merced la que me hacéis,
¿cómo negarme podría?
Por cierto... ¿Cómo se llama la dama?

METÓDICO: ¡Doña Elvira de Moncado
es el nombre de mi cielo!

ENDOCRINO: *(Al público.)*
¡Buen linaje adinerado!



METÓDICO: El que seáis mi padrino
es por sí razón de más
para que esta noche a fiesta
no os atreváis a faltar.

FILODORO: Sois muy astuto y traidor,
ya no me puedo negar.

METÓDICO: ¡Pues en la fiesta os espero!

FILODORO: ¡Pues en fiesta me verán!

METÓDICO: Adiós entonces, padrino.

FILODORO: Adiós, suertudo galán.
Acompaña, mi Endocrino,
a nuestro noble anfitrión,
no extravíe su camino.

ENDOCRINO: Como mandéis, mi señor.

Salen Metódico y Endocrino. Filodoro se levanta del diván
y comienza a pasear cansinamente por la escena.

FILODORO: ¡Ah, mi suerte destruida!,
¡ah, cruel y voraz destino!
Todos encuentran su dama.
y yo en ningún caso atino.
¿No es siempre mi cruel sino
soñar con buscar esposa
entre dos copas de vino?

Tira al suelo con violencia las copas que sirvió Endocrino.

Sí, se me come la envidia,
el alma se me carcome
de ver la fortuna que otros
hallan sin que se me asome.
Y heme a mí aquí resentido,
por mil amores burlado,
por mi gozo escarnecido,
por mi esperanza frustrado,
se me casan los amigos
y yo me quedo colgado.
¡Maldita sea mi suerte!
¿Cómo puede ser posible
que en este mundo pequeño
no encuentre entre tanta dama,
por más que pongo yo empeño,
a aquella que, sin saberlo,
seguro estoy que me ama?
¿Y cómo me siento yo
por mis pasiones turbado?
¡Yo, que nunca en otro estado
más lisonjero me vi!
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
Una sombra, una pasión.
Y el mayor bien es pequeño.
Que toda la vida es sueño
y los sueños, sueños son.

Se abre la puerta y asoma la cabeza de Endocrino.

ENDOCRINO: (*Al público.*)

¿No es esto de Calderón?

Cae el telón. Fin del cuadro segundo.

CUADRO III

Jardines del palacio de don Metódico. Toda la escena esta decorada con estatuas, fuentes y bancos de piedra que denotan el lujo y calidad de la casa. Al fondo del escenario hay dos gran- des escalinatas –una a cada lado de una fuente de pared- que conducen a un mirador en el piso superior. Hay bailarinas, mú- sicos, sirvientes, invitados, etc. Guirnaldas, flores por doquier. Entran por la derecha Filodoro y Endocrino vestidos con todo lujo, cada cual según su condición.

FILODORO: Da gracias, buen Endocrino,
por estar conmigo aquí
en esta lujosa fiesta,
pues sabes que los sirvientes
cuando el señor se divierte
se van a dormir la siesta.

ENDOCRINO: ¿Gracias, yo? ¡Gracias a mí!
que os sirvo de bastón firme.
Mire bien vuestra merced
que yo, mejor que quedarme,
lo que más querría es irme.

Os ayudo a caminar
¿y gracias debo de dar?

Se mezclan entre la gente divertida.

FILODORO: Observo que sigues siendo
un patán mal educado;
y apostaré dos ducados
a que sales de aquí mal.

ENDOCRINO: (*Al público.*)
Mientras no haya funeral...

FILODORO: (*Nervioso y escondiéndose.*)
¡Dios! ¡Mi amada Catalina
aquí entre aquesta gente!

ENDOCRINO: Subamos presto, señor,
que su padre es exigente,
duro, serio y repelente,
por algo fue gobernador.

FILODORO: ¿Qué dices, tonto felón?
¿Es que debo yo escapar
y abandonar a su suerte
a mi dama idolatrada?
¡No señor, antes la muerte!

ENDOCRINO: Señor conde, recordad
que casi la muerte os dan
la otra noche al trovar.
Y, si no recordáis mal,

vuestra ilustre enamorada
yacía en cama abrazada
por aquel blanco galán.

FILODORO: Bien lo dices, es verdad...
Ya casi lo había olvidado;
¡qué traidora es la memoria
del que vive enamorado!

ENDOCRINO: Vamos arriba, señor,
tengamos la fiesta en paz,
que yo conozco sus artes,
que suelen terminar mal.

FILODORO: Esta vez caso te haré,
mi muy leal Endocrino,
que no es bueno que haya sangre
en vísperas de una boda
de la que soy el padrino.

Empiezan a subir por las escaleras de la derecha. Entran por la izquierda Metódico, Albino y el Noble Juan. Metódico ve a Filodoro y le llama a gritos.

METÓDICO: ¡Eh, Filodoro, amigo!,
¿tan presto queréis partir?
Bajad a la fiesta un rato,
que os habéis de divertir.
¡Filodoro! ¡Filodoro!
Parece que quiera huir...

Filodoro los ve, los saluda y empieza a bajar las escaleras

con visible disgusto.

ENDOCRINO: Ya comienza a no gustarme
de aquesta fiesta el cariz.

FILODORO: ¡Mi buen Metódico! ¡Ahijado!

METÓDICO: ¡A mis brazos, adalid,
compláçeme veros curado!

FILODORO: No del todo, pero en fin...

METÓDICO: Mi querido Filodoro,
aquí os quiero presentar
a dos grandes compañeros,
dellos habréis oido hablar.

FILODORO: Pues no sé, ahora no caigo...

METÓDICO: He aquí al gran caballero,
al más honrado galán,
el mozo más zalamero:
os presento al Noble Juan.

FILODORO: Mucho gusto, caballero.

NOBLE JUAN: El gusto es mío, señor.

METÓDICO: Aqueste otro señor
tan apuesto, blanco y fino,
que más que pelo parece
tener piel de vellocino,

es el más grande donjuán que hay en la ciudadela.

Os presento a don Albino.

FILODORO: Tengo el alma arrebatada...

ENDOCRINO: (Al público.)

¡Es el de la balconada!

METÓDICO: Señores, este que hay
delante de nuestro frente
es el más alto señor
que conozca continente.
Filodoro es su buen nombre
y tanto amor le profeso,
que todo cuanto yo expreso
mal describiría al hombre.
Es tanto lo que le estimo
que quiero que conozcáis
de la mi boda al padrino.

NOBLE JUAN: Es un honor, mi señor.

ALBINO: Es este placer supino.

¿Filodoro?

Vuestro nombre algo me suena...

ENDOCRINO: (Al público.)

Parece no conocerlo.

METÓDICO: ¿Y os divertís, Filodoro?

FILODORO: No me aburro, por fe mía.
Aunque no es sitio de enfermo
entre tanta algarabía.

METÓDICO: ¿Habéis encontrado moza
que os devuelva la alegría?

FILODORO: Quiera Dios que no la encuentre
que aún me dura la agonía.

METÓDICO: (*A los dos hombres.*)
Es que el señor Filodoro
es ardiente enamorado
y sufre por una dama
que le tiene obsesionado.
Pero por más que lo intenta
con versos y alegorías,
sus planes son rechazados.

ALBINO: Quizá debieraís cambiar
vuestros usos y costumbres
a la hora de cortejar.
Hoy, para despertar pasiones
en doncellas del lugar,
aprender debéis a dar
más que versos, achuchones.

FILODORO: (*Pensativo.*)
Por fe mía que me suena este rapaz...

NOBLE JUAN: Decid que no, Filodoro,
que el gran gozo del amante

es ser capaz, al instante,
de cien versos regalar.
Y es así como la amada,
digna de este suspirar,
del enamorado amante bien se suele
enamorar.

METÓDICO: ¡Ah, sois romántico, noble Juan!

ENDOCRINO: Alma gemela parece
este curioso galán.

Entra por la derecha, un individuo vestido de negro y un poco despistado.

METÓDICO: Venid amigos queridos
que a lo lejos estoy viendo
a mi futuro consuegro.
Es aquel de allí, mirad,
el que se viste de negro.
A él os voy a presentar.

FILODORO: Me tendréis que disculpar,
tengo que marchar arriba.

METÓDICO: ¿Arriba? ¿A qué?

FILODORO: A orinar.

METÓDICO: Ah, eso son fuerzas mayores.
Seguidme, pues, caro Albino,
y vos también, Noble Juan,

¿vendréis después, Filodoro?

FILODORO: ¡Muerto antes que faltar!

Salen Metódico, Albino y el Noble Juan, detrás del caballero de negro.

ENDOCRINO: Pero señor... ¿No habéis visto
quién es el blanco gañán?

FILODORO: Por Dios Santo que me suena
más no logro recordar.

ENDOCRINO: ¡Es el que con Catalina
compartía el retozar!

FILODORO: ¡Ah, bellaco vellocino!

ENDOCRINO: Tengamos la fiesta en paz.
Tomemos nuestro camino,
no la vayáis a liar
ahora en este lugar,
mirad que sois el padrino.

Filodoro duda pero Endocrino le coge del brazo y lo lleva en dirección a la escalinata de la derecha. Empiezan a subir. De pronto, se abre el portón del mirador y sale una hermosa dama acompañada de su dueña. Filodoro queda hechizado por su belleza a mitad de la escalera. Hace ademán de esconderse detrás de una de las macetas, pero queda perfectamente visible para todos en ridícula situación.

FILODORO: Cógeme, fiel Endocrino,
que noto que el cielo se abre.
¿Qué es lo que mis ojos ven?

ENDOCRINO: Vaya pregunta más tonta.
¿Pues no observáis que es mujer?

FILODORO: ¿Mujer dices? ¡Una diosa!
La más serena belleza
observo tras la maleza
de este mirador florido.

ENDOCRINO: ¡Ay Señor, otra vez no,
que barrunto desatino!

Sale del ridículo escondite y se queda contemplando a la
joven.

FILODORO: ¿No es la más bella rosa
que anida en este jardín?
¿No es la dama más vistosa
del uno al otro confín?

ENDOCRINO: Señor, no volváis de nuevo.

FILODORO: Calla, amigo.
Esta visto que no entiendes
de amores una palabra.

ENDOCRINO: ¿Yo os tendré que recordar
que el amor os descalabro?

FILODORO: ¡Eso era antes, pardiez!

ENDOCRINO: ¡Era la noche pasada!

FILODORO: ¿Cómo quieres que me olvide
de esta belleza sin par
que la Señora Fortuna
me acaba de regalar?

ENDOCRINO: Señor... ¿No subíais a orinar?

FILODORO: Ja, ja.
Eso era sólo una argucia p
ara no ir a saludar
a todos los invitados
que me iban a presentar.

ENDOCRINO: ¿Y ganas no os entrarán?

FILODORO: Calla, inconsciente Endocrino,
¿crees acaso que a esta hora
puedo pensar en mear?
¿No percibes que yo ahora
me acabo de enamorar?

ENDOCRINO: ¡Dios nos coja confesados!

FILODORO: ¡No hay tiempo de confesar!
Voy a hablarle.

ENDOCRINO: ¡Si no os han presentado!

FILODORO: Yo me habré de presentar.

ENDOCRINO: ¡Ay señor, tened piedad,
que siempre vamos a palos
cuando queréis cortejar!

FILODORO: No temas que ahora es distinto.
Porque he visto, de verdad,
a la mujer de mis sueños
que cautiva mis instintos.
Nunca he amado como ahora,
te tengo que confesar,
y amo tanto a esta señora
que he de dejarme matar
ahora mismo, en esta hora.

ENDOCRINO: ¡Lo que sea Dios dirá!

Sube Filodoro los peldaños que le faltan hasta llegar al mi-
rador, seguido a escasa distancia por Endocrino. Se dirige
a la joven que esta hablando con otra dama.

FILODORO: ¡Oh señora, mi señora!
Os he mirado al pasar,
y es tan hondo mi mirar
que ha enmudecido la aurora
al venir a contemplar
vuestra belleza sin par
de mi alma robadora.

ELVIRA: ¡Oh señor! Sois muy galante,
bondadoso y educado...

FILODORO: Más que eso, mi señora,
que al contemplar vuestra piel de mi sueño
he despertado
en un brioso corcel.

ELVIRA: Y ese brioso corcel...
¿Galopaba desbocado?

FILODORO: ¡Desbocado todo él!
Pero, al veros, ha pasado
mi corazón de corcel
al de amante enamorado...

Se abre de repente la puerta del mirador y aparece Metódico con el Noble Juan.

METÓDICO: ¿Dónde se halla mi amada?
Ah, por fin, estáis aquí.

ELVIRA: Aquí me hallo, señor,
tomando un poco la fresca
asomada al mirador.

Filodoro se queda tieso, de una piedra.

METÓDICO: ¡Filodoro, amigo!
¡Qué instante más oportuno!
Presentaros he a la dama
que al cabo de una semana
hará su vida conmigo.
Hela aquí, esta es mi amada.

ELVIRA: (Haciendo una reverencia.)
Caballero...

METÓDICO: Este señor, doña Elvira,
será el padrino de bodas.
veréis qué alto señor,
virtudes las tiene todas.

Filodoro sigue tieso, paralizado, perplejo y completamente
pasmado por la impresión recibida.

Buen Filodoro, amigo,
¿es que os quedasteis sin habla?

ENDOCRINO: Eh..., esto...
Disculpad a mi señor,
que ha sido la incontinencia
la que ha borrado la ciencia
de su muy noble entender.

METÓDICO: ¿Pero es que aún busca letrinas?

ENDOCRINO: ¡Oh, sí señor, así es!

METÓDICO: Vaya presto y que mejore
con el acto de orinar,
que no he visto yo en amores
otro con tanto penar.
Y nosotros nos marchamos
que hemos de ir a saludar
a todos los invitados
que hay aquí, en este lugar.

(Ofrece el brazo a la dama.)

¿Señora... me queréis acompañar?

Hacen una pequeña reverencia a Filodoro y bajan por las escaleras de la izquierda seguidos por la dueña. Queda Filodoro tieso e inmóvil y Endocrino se esfuerza para llevarlo dentro de la casa. Abre la puerta con mucha dificultad sosteniendo a su señor para que no caiga al suelo. Mientras, abajo, sigue la fiesta. Cuando consiguen entrar en la casa cae el telón. Fin del primer acto.



ACTO II

CUADRO I

Salón de la casa de Filodoro. El mismo decorado del cuadro segundo del Acto I. En escena están Filodoro -recostado en un diván-, el médico Palimpuesto -sentado cerca de Filodoro-, la sirvienta Proserpina y Endocrino.

FILODORO: (Llorando, con gran dolor.)
¡Buaaaaa! ¡Uaaah!

PROSERPINA: Calmaos, señor, un poco,
cesad presto de llorar,
que desta tanta tristeza
en poco vais a enfermar.
(A *Endocrino*.)
¿Necesitáis algo más?

ENDOCRINO: Creo que no, Proserpina,
ya te puedes retirar.

Proserpina dirige una compasiva mirada a Filodoro y sale por la puerta.

¡Ay que disgustos,
maese Palimpuesto, vengo en dar!
¡Este hombre vive muerto,
muerto de tan desgraciado amar!



PALIMPSESTO: ¿Cómo es posible que tenga
este tan hondo penar
un hombre de su ventura,
de su nombre y de su edad?
¿Por estar enamorado
tiene tan grande pesar?

ENDOCRINO: Por estarlo de mal grado...
¡Y no cesa de llorar!

FILODORO: ¡Buaaaaa! ¡Uuuuuuhhh!

PALIMPSESTO: ¡Dulce nombre de María,
se nos va a deshidratar!

ENDOCRINO: Mirad, señor Filodoro,
nada se arregla gimiendo, llorando y
alborotando.
Es mejor ir superando las penas de los
amores,
pues hay mayores dolores.

FILODORO: (Moqueando, entre amargos sollozos.)
¿Es que no hay nadie que entienda
esta rabia que me agita?
¿Es que no podéis leerlo
en mi pupila marchita?
No se tratan mis pesares
de amores en general,
que la causa de mi mal
es una hermosa doncella bella
como no la hay igual.

PALIMPSESTO: ¿Pero es que tanto la amáis?

FILODORO: La amo más que a mi vida,
como nunca supe amar.

PALIMPSESTO: ¿Y por qué no os declaráis?

FILODORO: Qué más quisiera, maese,
que poderme declarar.
Pero la flor de mi alma
declarada ha sido ya.

PALIMPSESTO: ¿Qué no es dama casadera?

ENDOCRINO: Es dama para casar.

PALIMPSESTO: (A *Endocrino*.)
Pues Filodoro, ¿a qué espera?

FILODORO: ¡Buaaaaaa! ¡Buuuuuuu!

ENDOCRINO: No la puede desposar,
porque la dama con otro va
en breve a matrimoniar.

PALIMPSESTO: ¡Oh, triste fatalidad!

ENDOCRINO: Qué me vais a mí a contar.

PALIMPSESTO: Poca o nula cura tiene
este tan profundo mal.
Sólo el tiempo ha de curarlo,

sólo él lo ha de curar.
De todos modos, fiel siervo,
con celo debéis cuidar
que un poco de aquestas yerbas
deba este hombre tomar.

ENDOCRINO: ¿Alguna yerba rarilla?

PALIMPSESTO: Solamente es manzanilla,
¿qué otra cosa le he de dar?

ENDOCRINO: Con celo cuidaré de ello.

PALIMPSESTO: Pues ya no interrumpo más,
que otras casas de esta calle
debo ir a visitar.

Endocrino acompaña a Palimpuesto hasta la puerta.

ENDOCRINO: Gracias, señor, esperemos
que no tarde ya en curar.

ALIMPSESTO: (*Ex cátedra.*)
¡Sólo el tiempo lo dirá! Sale.

ENDOCRINO: ¡Ay Dios, en vaya embolado
nos hemos ido a meter!
¿No os avergüenza querer
a la novia del ahijado?

FILODORO: Endocrino, déjame
morir como buen soldado.

Que cuando pierde a su dama
un leal enamorado,
es preferible morir a vivir martirizado.

ENDOCRINO: Pero, señor...
¿Vos creéis que puede ser
que el padrino de la boda
quiera a su ahijado burlar c
on la futura señora?
¡Os tenéis que controlar!

FILODORO: *(Súbitamente, con resolución, poniéndose en pie con ridícula arrogancia.)*
¡No, Endocrino, no y no!
He decidido luchar.

ENDOCRINO: ¿Pero estáis loco, señor?
¿Sabéis lo que va a pasar?

FILODORO: Qué me importa lo que pase,
jamás vi en otra mujer
la poesía de aquesta...
¡Sólo que la quiero importa!

ENDOCRINO: Es que eso lo decíais
antaño vos de las otras.

FILODORO: No, Endocrino, no.

Filodoro se levanta, se dirige al escritorio, coge papel y pluma y empieza a escribir algo en un papel.

ENDOCRINO: ¿Pero señor, qué queréis?
Vuestra determinación me asusta.
Mirad que el señor Metódico
está muy ilusionado.
No está bien que se entrometa
en las cosas del querer
quien tiene el honor de ser
el padrino de su ahijado.
¡Señor! ¿Qué no me escucháis?
¡Estoy atemorizado!
Filodoro se levanta y entrega el papel a
Endocrino.

FILODORO: Endocrino,
quiero que vayas a casa
do se hospeda la señora
y deposites, ahora,
en su mano este billete.

ENDOCRINO: Señor, ¿qué no suponéis el lío
del que en amores se mete?

FILODORO: Haz lo que mando, Endocrino,
y que sea lo que Dios quiera,
o lo que quiera el destino.

Empuja a Endocrino hacia la puerta. Cuando esta se abre para que salga, entra el mayordomo. Endocrino sale de escena.

MAYORDOMO: (*Solemne.*)
Señor conde, el Noble Juan

os pide vuestra licencia
que le permita pasar para no se qué narrar
esta mañana a vuecencia.

FILODORO: ¿El Noble Juan?
Hacedle presto pasar.

MAYORDOMO: (Desde la puerta.)
¡Pasad a comunicar!

Entra el Noble Juan muy atormentado. El Mayordomo se retira cerrando la puerta a su salida.

FILODORO: Noble Juan, qué inesperada visita.
¿Qué tenéis vos que decirme
que venís con tanta prisa?

NOBLE JUAN: No me andaré con rodeos.
Sé que sois vos el padrino,
y sois sufrido señor
poco dado a galanteos.
Por eso heme aquí, amargado,
dispuesto a capitular.
Señor,
por mi conciencia y honor,
a vos quiero confesar
que soy un gran pecador
como nunca hubo otro igual.
Que tengo en mi haber tal falta,
tal deshonra a la verdad,
que siento marchita el alma
y amargo mi paladar.

FILODORO: Me alarmáis.
¿Pues qué os pasa, hombre de Dios, que me
tenéis sorprendido?

NOBLE JUAN: Pasa, señor Filodoro,
que en amores he caído.

FILODORO: Ah, si es eso entonces,
bienvenido, bienvenido.

NOBLE JUAN: Mi señor, aquí os confieso,
tal como sois el padrino,
que amo a la dama Elvira
como nadie la ha querido.

FILODORO: *(Alarmado.)*
¡Eso no, por Dios Bendito!

NOBLE JUAN: Sí señor, y no lo oculto.
Sé que merezco escarmiento,
y estoy dispuesto a sufrir
cualquier clase de tormento: Sí
me ordenáis el partir,
diez latigazos o ciento.

Filodoro se deja caer en el diván, confuso.

FILODORO: Pero, pero...

NOBLE JUAN: No hay pero que valga ahora
que confieso mi delito.
¡Mi condena os solicito!

FILODORO: Pero, pero... Ella os ama...

NOBLE JUAN: ¿Pero qué decís, bendito?,
¡de esto ella sabe nada!

FILODORO: ¡Ah, Dios mío, menos mal!

NOBLE JUAN: Me marcharé a Portugal,
si lo creéis conveniente, a vivir con mi tortura
o a terminar en mi muerte.

FILODORO: Callad, Noble Juan, callad.
Sí que sois noble, en verdad.
Pero esta vez habéis errado
al acudir a mi lado
para faltas confesar.
Tanta nobleza me lleva,
dolido, a reconocer,
que no sois solo el que ama
a esa tan alta mujer.

NOBLE JUAN: ¿Qué decís? No os comprendo...

FILODORO: *(Con súbita arrogancia.)*
Pues os digo, Noble Juan,
que antes por mi cadáver
tendrá encima que pasar
quien con la muy bella Elvira
desea matrimoniar,
pues la amo más que nadie.
Ya veis, no puedo callar.

NOBLE JUAN: ¡Pero vos sois el padrino!

FILODORO: ¡Sucia trampa del destino!

NOBLE JUAN: ¡Oh, Señor...! Y ahora, ¿qué hago?
Yo que estaba torturado
y esperaba ver en vos
quien me fuera a aconsejar,
os encuentro enamorado...
¿Quién me podrá consolar?

Aturdido, sale corriendo del salón dejando a Filodoro completamente exaltado.

FILODORO: ¡Ah, rufianes! ¡Ah, canallas,
contra mi juramentados!
¡Ah destino mal odiado!
Siempre que ando en amores
encuentro con que mi dama
pretendientes ha mejores.
Pero esta vez se me alcanza que
la dama mía ha de ser:
O la consigo esta vez,
o me muero, sin tardanza.

Fin del primer cuadro. Mutación.

CUADRO II

Salón de la casa de Metódico. En el foro se ven dos grandes ventanales por donde entra la luz y una puerta alta entre ambos que se supone que da al mirador del cuadro tercero del primer acto. Hay, a la izquierda, un escritorio, con todos los utensilios sobre él. Butacas, mesitas y otros muebles. Elvira está sentada en uno de los sillones leyendo. Entra la Dueña.

DUEÑA: Mi señora...
¡Qué extraño suceso
me acaba de acontecer!
Un criado enmascarado,
por no darse a conocer,
me ha hecho entrega de un billete q
ue me ha prohibido leer.
Dice que os lo entregue a vos,
que sabréis qué hacer con él.

ELVIRA: ¿Y dónde está el tal criado?

DUEÑA: Esperando en los jardines.
Es que está muy asustado.

ELVIRA: ¡Sí que es extraño, pardiez!

Se levanta, toma el billete de la mano del ama y lo lee.

¡Ay, Señor! ¿Pero qué es esto?
¿Otro pretendiente más?

DUEÑA: Recordad, buena señora
los que en la fiesta os miraban:
curas, nobles y criados
en silencio suspiraban.
Recordad a ese soldado,
el de reluciente espada,
que a cada poco venía
a ofreceros naranjada.
Y señora, no es por nada,
Pero tengo yo sospechas
que el propio comendador
presto olvidaría su honor
por una vuestra mirada.

ELVIRA: ¿Qué dices, ama?
¿El comendador?

DUEÑA: Es muy galante señor.

ELVIRA: Pero si tiene mujer...

DUEÑA: ¿Y qué tiene eso que ver
para los hombres, señora?

ELVIRA: Exageras, buena ama.

DUEÑA: ¿Qué exagero? ¡En buena hora!
¿Pero qué dice el billete?

ELVIRA: ¿Que qué dice? Es un soneto,
con nota de un indiscreto.

Escuchad:

“Con este pobre canto, dueña mía,
quiero alabar vuestra dulce mirada;
y ofreceros mi alma, ya cansada,
que sin vuestro vivir no viviría.
Quisiera yo cuidaros cada día
y teneros de rosas coronada,
siendo como sois, diosa adorada,
grato regalo de mi fantasía.
Mi amor será, de eterno, condenado
bajo la máscara cruel de la impotencia
del que por amores vive domeñado.
Vos sois remedio de esta mi dolencia;
pues que vivo de vos enamorado
sois, en amor, la más exacta ciencia.”

Y continúa una nota:

“Mi muy amada señora,
hoy al anochecer,
antes que llegue la aurora,
me habréis de conocer.
Llegaré de trovador
a cantaros mis amores
como más sepa y mejor,
y espero correspondáis
a mis profundos dolores.
Un enamorado.”

Por Dios que es bello el soneto.

¡Qué increíble galanura!

DUEÑA: (Divertida.)
¿A pocos días de la boda?
¡Lo que es, es caradura!
Pero no es más cara que otros. Que desde
hace varios días, con ocasión de la boda,
salieron mil pretendientes amada señora
mía.

ELVIRA: Sois pesada, cara ama...

DUEÑA: Es que os adoro, mi niña.

ELVIRA: Algo de razón no os falta.
Hay algo aquí, en esta carta,
que el pecho hace palpitar.
Este soneto es hermoso,
es hermoso de verdad.
Y mirad la letra, ama,
no es éste zafio galán.
Parece muy instruido p
or la forma de trazar.

DUEÑA: (Divertida, con ironía.)
¡Y encima sabe trovar!
No se estila mucho esto.

ELVIRA: Porque debe ser romántico.

DUEÑA: Romántico o esperpéntico.
¡No habréis decidido ir
de aqueste amante al encuentro!

ELVIRA: Claro que iré, buena ama, no tendré así aburrimiento.

DUEÑA: Pero señora, os recuerdo
que en pocos días, escasos,
tendréis vos que encaminar
hacia el altar vuestros pasos.

ELVIRA: ¿Crees que lo olvido?
Tú sabes mejor que nadie
de este negocio de bodas:
Si me caso con Metódico e
s por orden de mi padre,
¡y quizá por precio módico!

DUEÑA: ¡Virgen María y José!
Qué lengua tenéis, señora...

ELVIRA: ¿Es que acaso digo mal?
¿No es verdad que don Metódico
tan arruinado va
que finge amarme con celo
y con fuerte voluntad?

DUEÑA: Señora, ya cambiará.
Aunque, la verdad,
sí que parece cretino...

ELVIRA: ¿Cretino decís, mi ama?
¡Si se entiende con Albino!
¿No es la dote lo que quiere
para calmar su ansiedad?

¿Acaso alguien me ha pedido
opinión de aquesta boda?

DUEÑA: No suele hacerse, señora.

ELVIRA: ¿Pero que soy yo? ¿Una vaca
que se puede permutar sin que cuente su
opinión de si se quiere casar?

DUEÑA: Son los usos y costumbres.

ELVIRA: ¡Al Tajo vayan a dar!

DUEÑA: Esta rebeldía, señora,
no es costumbre del lugar.

ELVIRA: ¡Pues se habrán de acostumbrar!

DUEÑA: Si vuestro padre se entera
de esta vuestra oposición,
en un convento, os repudia,
y os mete sin discusión.

ELVIRA: Lo sé ama, ya lo sé...
Por eso, antes de casar,
que me dejen disfrutar
un poquito de la vida,
que todo no ha de ser penar.
Por cierto, que es hombre apuesto
nuestro padrino de bodas...
¿Sabes quién digo, ama mía?

DUEÑA: Don Filodoro será,
hombre gallardo y sincero.

ELVIRA: Que no soltó gran palabra
si no lo entendí yo mal.

DUEÑA: Ya sabéis, la incontinencia...

ELVIRA: *(Suspirando.)*
¡La continencia verbal!
(Con picardía.)
¡Que pena, ama querida, que sea señor tan
leal!

Se oyen gritos y alboroto en los jardines.

¡Madre mía, qué alboroto!

DUEÑA: ¡Ay señora,
será el criado enmascarado!

ELVIRA: ¡Seguro que lo han pillado!
¡Corramos presto a cuidarlo!

Elvira deja la nota de Filodoro sobre el escritorio y, corriendo alborotadas, abren la puerta del foro y salen al mirador. En ese momento entran por la derecha Metódico, Albino y el padre de Elvira, Don Polimorfo. Metódico lleva un papel en la mano.

METÓDICO: Pues bien, mi querido suegro,
quedamos de esta manera:

vos me concedéis la hija
y una dote duradera.
Yo, a cambio, como pactamos,
os cedo un título en vida
para que entréis en la corte con la
prestancia debida.

POLIMORFO: Firmemos el pacto, pues,
con nuestra honrosa hidalgüía.

METÓDICO: Con vuestra firma y la mía.

Va al escritorio, se sienta y ve el soneto y el billete que dejó Elvira. Lo lee y muda su color.

(Airado.)
¿Pero qué es esto?

ALBINO: Tranquilizaos, amigo,
se os ve muy acalorado.

POLIMORFO: Yo más bien lo veo encarnado.

METÓDICO: ¡Aaaahh! ¡Un oculto enamorado
a mi Elvira le ha enviado
este singular soneto!

POLIMORFO: ¡Oh!, qué falta de respeto.

ALBINO: A escasos días de las bodas...

POLIMORFO: Con lo mucho que ha costado...

ALBINO: ¿Y qué dice aquesta nota?

METÓDICO: Dice:

“Mi muy amada señora,
hoy al anochecer
antes que llegue la aurora,
me habéis vos de conocer.
Llegaré de trovador
a cantaros mis amores
como más sepa y mejor,
y ojalá correspondáis
a mis profundos dolores.”
¿Quién puede haberse atrevido?

ALBINO: Pensad en el Noble Juan
que, muy cariacontecido,
con penas ha recibido
vuestras bodas con la novia.

METÓDICO: ¿El Noble Juan? No lo creo,
no le creo tan truhán.
Por dolido que se encuentre
es muy noble, el Noble Juan.

ALBINO: ¿Y ese tal don Filodoro?,
el del renqueante andar.

METÓDICO: ¿Filodoro? Vive enfermo por amores.

ALBINO: ¿Sabéis por qué renqueaba?
Me lo contó Catalina,
una joven que trajina

de forma particular,
la debíais vos probar.
Resulta que Filodoro
dos noches ha que le hacía
la corte a esta Catalina,
y la otra noche pasada,
sintiendo yo algarabía,
me asomé a la balconada
y encontré un trovador
con una voz tan quebrada que denotaba
dolor,
dolor por su enamorada.

METÓDICO: ¿Filodoro?
¡Así que su enamorada,
que tanto le desanima,
es la guerra Catalina!

ALBINO: ¿Sabéis por qué cojeaba
en la fiesta la otra noche?
Por los palos y estocadas
que le dieron los mis hombres

METÓDICO: Pero no puedo creer
que tan presto nuestro conde
pueda cambiar de mujer.

ALBINO: Es un enfermo, mi amigo,
de un mal que tarda en curarse,
sólo la vejez lo vence
y la muerte ha de pararle.

METÓDICO: No, pero él no puede ser...
Le he nombrado mi padrino
previendo este suceder.

ALBINO: Cuidaos, Metódico, de él,
que dicen que con mujer s
e queda tan trastornado
que olvida todo deber,
que le trae sin cuidado
todo noble parecer.

POLIMORFO: No creo, blanco galán,
que burle su alta nobleza...

ALBINO: Tenga en cuenta, mi señor,
que aqueste dicho galán
no es tan noble, el noble es Juan.

METÓDICO: ¡No lo creo, mil diablos!
Filodoro es buen amigo
a quien muy de vez en cuando
le saco de su bolsillo
los cuartos para mis gastos.
Aunque... Ahora que lo pienso,
la otra noche vi pasmado
al buen Filodoro, tieso,
porque se había meado.
No sé qué de incontinencias
me dijo su fiel criado,
para excusar el gran pasmo
en que se había quedado.

ALBINO: ¿No sería pasmo de amores?

METÓDICO: ¡A mi Elvira había visto!

POLIMORFO: ¡Por ella quedó prendado!

ALBINO: La sospecha no es pecado.
Pero, ya que eso decís,
no estaría mal mirado
que hagamos comprobaciones.
Para más tranquilidad,
y para alejar ocasiones
vanas de mi sospechar.

Se abre la puerta de la derecha. Entra un guardia.

GUARDIA: Señor, la guardia ha avistado,
entre plantas del jardín,
a un hombre desarmado
corriendo como cien galgos
por el diablo llevados.

METÓDICO: Decid, ¿lo habéis apresado?

GUARDIA: Muy rápido se ha escabullido
y un espía lo ha seguido
para ver donde paraba.

METÓDICO: ¿Y habéis visto su llegada
a la casa del truhán?

GUARDIA: Si señor, que se le ha visto
en un palacete entrar.
¿Y sabéis quién le aguardaba,

resguardado entre los toldos?
¡El conde don Filodoro!

METÓDICO: ¡Oh, cruel sospecha confirmada!

ALBINO: Desde luego que a ese hombre
no puede uno escarmentarlo
ni con los golpes de espada.
¡Tendremos pues que matarlo!

METÓDICO: (*Intentando aplacar su ira.*)
Matarlo, sí, pero antes,
quiero a mis pies humillarlo.
No por pretender mi dama,
que aquesto me trae al pairo,
pero querer mis dineros,
aquesta dote de agrado
que el señor don Polimorfo
venía presto a firmar...
¡Eso no puede pasar!
¡Malditos sean los infiernos!
Antes de su muerte quiero
que se vea rebajado,
de amores esperanzado.
Y después de la comedia
que, presto, le serviremos
quiero ver que, por lo menos,
se desate su pesar.
Y cuando más fuerte sufra
al descubrir el engaño,
le acusaré fuerte daño
que lo haga agonizar.

Escuchad, este es mi plan:

Por los ventanales del foro, se ven las sombras de doña Elvira y de la dueña que, por la puerta entreabierta, escuchan la conversación.

Esta noche iremos todos
al balcón do Filodoro
acuda presto a trovar.
En lugar de Doña Elvira,
vos, mi querido Albino,
os vestiréis de mi dama
y con voz fingida y llana
contestaréis al amante
hasta que le hagáis creer
que nunca tanto lo amó
ninguna otra mujer.
Le invitaréis a subir
al balcón mediante escalo
y, cuando esté casi arriba,
cortaréis la enredadera.
Yo, oculto en la escalera,
saldré entonces contra él,
y herido, o como estuviera,
le hundiré espada en la piel.
Imaginad qué espectáculo:
Filodoro, enamorado,
se encontrará en tal estado
de singular agonía
que verá que su alegría
por dama haber conquistado
se troca en mortal herida

que lo lleve al otro barrio.
Pero de este nuestro plan
nada sabrá doña Elvira,
¡no vayámosla a liar!
Y vos, señor Polimorfo,
armado con buena excusa,
deberéis hoy conducir
a otro cuarto a vuestra hija.
Decidle que ha de elegir
las telas de la salita.

POLIMORFO: ¿A elegir telas de noche?

METÓDICO: ¿Qué se yo, Virgen bendita?,
¡inventaos cualquier cosa!
Pensad que si yo me quedo
esta noche sin esposa,
os quedáis vos sin el título
ese que tanto os importa.

POLIMORFO: Está bien, algo pensaré...

METÓDICO: ¿De acuerdo entonces, señores?

ALBINO Y POLIMORFO: De acuerdo, que así ha de ser.

METÓDICO: ¡Pues vayamos todos juntos
a celebrarlo al burdel!

ALBINO: *(Fingiendo la voz de Elvira.)*
¿Yo vestido de mujer?

Ríen y salen por la puerta de la derecha. Tan pronto como abandonan la escena, entran por la puerta del mirador, doña Elvira y su dueña.

ELVIRA: ¡Buen Jesús de la Custodia!,
 ¿tú lo has oído, mi ama?
 ¡Es don Filodoro el conde
 el que ronda mi ventana!
 Algo tenemos que hacer...

DUEÑA: Señora, mejor dejarlo,
 que habrá hombres con espadas
 y él se sabrá defender.

ELVIRA: ¿Dejar a mi enamorado?
 ¡Nunca, jamás, ni pensar!
 El señor don Filodoro,
 con su noble proceder,
 es el más recto de todos
 los hombres que he conocido
 pues, en lugar de ir al padre,
 a pedirme por esposa
 quiere, de mi habitación,
 donde mi cuerpo reposa,
 venir de ronda al balcón.
 El sí quiere enamorarme
 y ganar mi corazón,
 no persigue con sus actos
 de mis padres otro don
 que el amor de la su hija
 que le nubla la razón.
 No desea ni dinero,

ni dote, ni posición.
Lo que quiere este buen hombre
es amor, es sólo amor.
Además, observa ama,
qué bello soneto escribe.
Quien de esta manera da,
de esta manera recibe.
¿A que no vistes, mi ama,
señor de coraje igual?
¡Tiene que ser este hombre
el que me ha de desposar!

DUEÑA: ¿Qué decís? ¿Y si es muerto?

ELVIRA: Eso habremos de evitar.

Va al escritorio y escribe con frenesí.

Quiero, mi querida ama,
que busques al Noble Juan
y que le des esta nota
que ahora te voy a dar.
Dile que venga esta noche
armado para vengar
la vergüenza de una dama
que, aunque de él nunca será,
jamás olvida su celo
ni el valor de su amistad.
Le da la nota a la dueña.
¡Llévala presto, mi dueña,
llévala ya sin tardar!

DUEÑA: ¡Ay Virgen de los Dolores,
sólo nos queda rezar!

Sale el ama. Cae el telón. Fin del segundo acto.



ACTO III

Jardines de casa de Metódico. Noche con claro de luna. En la escena hay árboles y setos con vegetación y flores. En el foro se levanta el muro de la casa con un amplio balcón a la altura de un piso. Alrededor del balcón, cuelgan enredaderas que llegan hasta abajo. Entra por la izquierda un hombre con un laúd, emboscado en una capa gris y ocultando el rostro bajo un sombrero de ala ancha del mismo color. Mira por todo el escenario para asegurarse de que no hay nadie. Afina el laúd y se sitúa bajo el balcón.

TROVADOR GRIS: (*Se aclara la garganta.*)

¡Ejem, ejem...!

(Canta.)

*“Ay linda amiga que no vuelvo a verte,
cuerpo garrido que me lleva a la muerte.
No hay amor sin pena, pena sin dolor,
ni dolor tan agudo como el del amor;
ni dolor tan agudo, como el del amor.”*

Silencio. Afina el laúd y canta de nuevo.

*¡Ay, luna que reluces,
toda la noche m’alumbres,
toda la noche m’alumbres,
toda la noche... m’alumbreees...!
Ay, luna tan bella,
alúmbresme a la sierra.
Por do vaya y venga,*

toda la noche m'alumbres."

¡¡Chissstt, Chisstt! ¡Mi señora!

Coge piedrecitas del jardín y las lanza contra la ventana.

¡Señora! ¡Aquí!
Oigo pasos, vive Dios,
me esconderé tras el seto.
A ver si hay aquí un lugar
donde meterme, y me meto.

Se esconde detrás de uno de los setos altos. Entra en escena, por la derecha, un personaje vestido de negro, con capa larga, enmascarado y con un sombrero de ala ancha similar al del trovador oculto. Mira alrededor para ver si hay alguien, se sitúa bajo el balcón y saca de debajo de la capa una guitarra. La afina y empieza a cantar muy desafinado.

TROVADOR NEGRO: *"Prado verde y florido, fuentes claras,
alegres arboledas y sombrías
pues veis las penas mías cada hora.
Contadlo blandamente a mi pastora
que, si conmigo es dura,
quizá la ablandará vuestra frescura,
vuestra frescuuuuraaaa..."*

Nuevo silencio. Sale Albino al balcón disfrazado de doña Elvira, con un traje blanco hasta los pies y la cabeza cubierta con capucha de seda y pañuelo que le cubre media cara, dejando ver sólo sus ojos.

ALBINO: *(Fingiendo la voz de Elvira.)*

¡Oh, mi señor, qué cortés,
cuán alta magistratura
gastáis en vuestro cantar,
que llega a aquestas alturas
y me hace suspirar
hasta darme calentura!

TROVADOR NEGRO: ¡Oh señora!, que merced
hacéis, con vuestras palabras,
a este humilde servidor
que más que cantar, os ladra.

ALBINO: No digáis eso señor,
me tenéis impresionada.
Decidme ya vuestro nombre
y vuestro real linaje,
que siento algo de coraje,
trasmutada en mi ignorancia,
por saber de do venís:
si de Madrid o de Francia.

TROVADOR NEGRO: Mi nombre preferiría,
mi alta y bella señora,
no deciros todavía.

ALBINO: Pero habéis de comprender
que toda honrosa mujer
se apresure a conocer
el nombre de quien la trova.

TROVADOR NEGRO: Si lo comprendo, señora...

ALBINO: Pues decidme el nombre, pues.

TROVADOR NEGRO: Para deciros mi nombre
siento, en verdad, gran temor
pero lo haré, por fe mía:
mi nombre es...

TROVADOR GRIS: (*Saliendo de su escondite con espada y daga en las manos.*)
¡Usurpador!

TROVADOR NEGRO: ¿Quién se atreve?, ¡por mi vida!
¡Otro tipo trovador!

TROVADOR GRIS: ¡Empuñad la vuestra espada!

TROVADOR NEGRO: La empuñaré con honor.

TROVADOR GRIS: Sea pues, y que dé muerte
el bueno al que sea peor.

Empiezan a batirse con gran violencia. Al balcón sale Metó- dico y se coloca junto a Albino, sorprendidos por los acontecimientos. Los combatientes, enfrascados en la lucha, no advier- ten la presencia de las dos figuras en el balcón.

METÓDICO: Por la Virgen del Sagrario,
¿a qué viene este follón?

ALBINO: Es que a nuestro trovador
le ha salido, sin saberlo,

un serio competidor.

METÓDICO: ¡Por fe mía!
¿Pero qué creen que es mi dama?
¿Una puta? ¿Una arpía?
¿Es que creen que con dos cantos
se la van a camelar?

ALBINO: Gran belleza idolatrada es aquí,
en este lugar.
Y me da a mí en la nariz
que pretendientes ha más.

METÓDICO: Voy a llamar a la guardia.

ALBINO: Esperad. No viene al caso.
Que es muy posible que éste
nos vaya a ahorrar el trabajo.

METÓDICO: Tenéis razón, leal Albino,
que en aquesto de batirse Filodoro no es muy fino.

ALBINO: Dejémoslos que se maten,
que lo que nos interesa
es que Filodoro muera
en sus manos o en las nuestras.

El Trovador negro da una estocada en el costado al trovador gris, que se tambalea herido de muerte.

TROVADOR GRIS: ¡Agghh! ¡Muerto soy!
¡Oh, que triste este final,

en vez de morir en guerra
caigo por mi mal trovar!

Va dando trompicones hasta que cae, semioculto, en un seto alto junto al muro y las enredaderas. Queda invisible para el público.

TROVADOR NEGRO: ¡Oh, Dios, lo he muerto!

Mejor será que me vaya
para salir de este entuerto.

El trovador negro, coge del suelo la daga del trovador gris y sale corriendo por la izquierda. En el balcón, Albino y Metódico siguen sorprendidos.

METÓDICO: ¡Oh, qué dicha! ¡Oh, qué suerte!
Este oscuro personaje
al conde le ha dado muerte.
Estarás conmigo, Albino,
que ha sido cosa sencilla.
¡Vamos a brindar con vino!

ALBINO: Si que ha sido maravilla...
Alguien nos ha hecho el trabajo;
es motivo de alegría
esto de entrar en batalla
sin arriesgar nuestras vidas.

METÓDICO: Bajemos presto, mi amigo,
que le abriré más heridas
por ver si lavo con sangre
mis manos entumecidas.

Ríen y se disponen a bajar, saliendo del balcón. Se oyen ruidos al fondo del patio de butacas.

ALBINO: ¡Teneos, que viene gente!

METÓDICO: ¿Qué? ¿Cómo es posible?

ALBINO: Noto sones por lo bajo.

METÓDICO: ¿Pero qué decís, Albino?

Miran con atención hacia el patio de butacas. Entran, muy lentamente, por el fondo de la sala, Filodoro y Endocrino ha-blando. Filodoro lleva un traje de trovador pasado de moda en tonos amarillos muy chillones.

METÓDICO: ¡Otro trovador! ¡Carajo!

ALBINO: ¿Filodoro? ¡Es Filodoro!

METÓDICO: ¿Quién es aqueste entonces
que yace muerto ahí abajo?

ALBINO: ¿Qué sé yo?
¡Si no sé quién le mató!
La farsa continuemos.

METÓDICO: Sí, no perdamos la calma.
Con la trama seguiremos
según lo habíamos pactado,
y luego averiguaremos
quién es el despatarrado

que yace ahí, de esa forma,
entre los setos tirado.

¡Al papel, querido Albino,
como habíamos ensayado!

ALBINO: Confiad, mi buen amigo,
que va a ser interpretado
mi papel con más atino
que en los corrales de Almagro.

Metódico y Albino entran en la casa. Filodoro y Endocrino van sigilosamente entre el público hasta llegar al escenario. Como van mirando a todos lados para no ser descubiertos ambos tropiezan continuamente.

ENDOCRINO: Mire, mi señor conde,
que algo me huele mal,
y en esto de intuiciones e
ste siervo no ha rival.

Filodoro quita el laúd de las manos del sirviente y empieza a afinarlo.

FILODORO: Chissst, Endocrino, no hables....

ENDOCRINO: Señor, estamos a tiempo,
podemos aún marchar.

FILODORO: Cállate, buen Endocrino,
cesa tu gafe parlar,
que si no callas no afino
y mal podría tocar.

ENDOCRINO: Pero miraos señor,
vestido de grana y oro.
Parece que en vez de trova
fueseis a lidiar un toro.

FIODORO: ¡Endocrino, seme fiel!
¡No me marees de este modo!
¿Crees que para aguantar pullas
te rescaté yo del moro?

ENDOCRINO: Sí señor, me rescatasteis,
y de veras lo agradezco,
pero si llego a saber
que por mi vida salvar
a cambio debía tomar
mil tortazos por mujer
que vos vais a enamorar;
si llego yo a imaginar
esta vida de servicio,
hubiera en serio pensado
tirarme por precipicio.

FIODORO: Eres hombre exagerado.
Tú, como siempre, Endocrino,
no tienes fe en el camino
que se anda para encontrar
doncella que enamorar
burlando incluso al destino.
No tienes fe.
Vigila tú esos postigos
y avisa cuando se abran.

ENDOCRINO: ¿Fe decís?
¡Si siempre me descalabran!

FILODORO: ¿Y qué es el dolor del cuerpo
frente a los llantos del alma?
Deja de quejarte y saca
el catálogo de trovas
para que yo elija al punto
la que mejor se acomoda
a este lugar y a este asunto.

Endocrino saca de su jubón un pequeño rollo de papel y se lo entrega a Filodoro. Este lo abre y lo lee para sí.

FILODORO: A ver... esta de aquí.
Esta, sí.

Devuelve el papel a Endocrino y empieza a cantar bajo el balcón.

“Amor que me cautiiivas...”
(*Se le escapa un gallo. Se aclara la garganta.*)
¡Ejem, ejem! Vamos allá.
“Amor que me cautivas
con tu dulce mirar,
tus plantas encendidas
voy rendido a adorar.
Si tu amor no me das,
ya muerto me verás.
Si tu amor no me das,
ya muerto me verás.
Ven a mi bella rosa,

ven a mi corazón,
no seas desdeñosa,
no turbes mi razón.
Dejaré de penar
si me quieres besar.
Dejaré de penar,
si me quieres besaaaaar...

Silencio. Instantes de espera en atenta escucha. Filodoro mira a Endocrino y con un gesto le pregunta si se han abierto los postigos. Endocrino niega con la cabeza. Se aclara la garganta y canta de nuevo.

“Elvira pese a mal grado
quiéreme siquiera un día
que voto a Dios, vida mía,
que vivo desesperado...”

ENDOCRINO: No pasa nada, señor.
¿Y si presto nos largamos
y otro día retornamos
en un momento mejor?

FILODORO: No, Endocrino, no.
Puede que no me haya oído.
(Canta a voz en cuello.)
“Elvira pese a mal grado,
quiéreme siquiera un día...”

ENDOCRINO: ¡Chisssst, señor, por favor!

FILODORO: “...que voto a Dios vida mía...”

Se abren las puertas de la casa que dan al balcón.

ENDOCRINO: ¡Señor, que se abren postigos
arriba en la balconada!

FILODORO: Por fin ha sido escuchada
mi enamorada llamada.
Sale Albino al balcón.

ENDOCRINO: ¡Sale la dama, señor!

FILODORO: ¡Oh, mi doncella, mi cielo!,
heme aquí a vuestros pies,
para trovar una y diez
veces por mi inconsuelo.
Os amo, señora mía,
ya no lo puedo negar,
y sé que arriesgo la vida
por veniros a rondar.
Pero ... ¿De qué me sirve vivir
con vuestra palabra ausente?
Por Dios os vengo a decir,
que antes que a vos renunciar,
antes... ¡Prefiero la muerte!

ALBINO: (*Fingiendo la voz de Elvira.*)
¿Y quien sois -¡oh, gran señor!-
que rondáis con hidalgía?

FILODORO: ¡Filodoro, dueña mía!
¡Vuestro humilde servidor!

ALBINO: ¡Jesús Bendito! ¿No sois
de Metódico el padrino?

FILODORO: Señora mía, lo soy.
Pero he de arriesgar mi vida,
mi hacienda y todo mi honor,
por ser dueño del amor vuestro,
mi amada doncella.
Y aquí, bajo las estrellas
que lucen su resplandor,
Filodoro trovador
os dice palabras bellas p
or merecer un favor.

ALBINO: ¿Y qué favor demandáis?

FILODORO: Que me deis prenda, señora,
con la que os pueda adorar.
Una prenda que me haga
con vos de noche soñar,
una prenda que me diga
que no es en vano mi amar.
¡Dadme una prenda, señora,
que no tengo yo ninguna!

ALBINO: Hasta aquí habréis de escalar.

FILODORO: ¡Escalaré hasta la luna!

ALBINO: Subid por la enredadera,
noble y apuesto señor,
y una prenda verdadera

regalará vuestro amor.

FILODORO: ¡Allá voy, bella doncella!

ALBINO: Venid pues, buen trovador.

FILODORO: (A *Endocrino*.)
¡Me ama, pardiez, me ama!

Empieza a escalar por las enredaderas por encima del seto donde esta el cadáver del trovador gris, que Filodoro no ha visto. Con mucho esfuerzo llega a la altura del balcón.

FILODORO: (Con fatiga, faltándole la respiración.)
Señora... ¡Ay...! Esta rama....
Heme aquí, en la enredadera.
Voy a pasar al balcón.

ALBINO: Eso nunca, alto varón,
no vaya a ser que aquí arriba
os sorprenda algún sirviente
creyendo que sois ladrón.

FILODORO: Tenéis... Sobrada... Razón...
Más es torpe esta postura,
si la rama se partiese...
¡Pero qué digo, Señor!
Escuchad, bella señora:
(Declamando con exageración.)
“¿No es verdad ángel de amor,
que en esta apartada orilla,
más clara la luna brilla

y se respira mejor?"

ENDOCRINO: *(Al público.)*

¡Echa mano de Zorrilla,
es fino conquistador!

FILODORO: *(Esforzándose por agarrarse con más
seguridad a la enredadera.)*

¡Señora, no puedo veros,
acercaos, por favor!

Albino se acerca un poco a donde está Filodoro colgado.

Dama mía, voto a Dios,
que antaño me parecía
que esa la vuestra mirada
tenía un otro color.

ALBINO: Será la luz, mi señor.

Por temor a ser descubierto, Albino, se gira rápidamente,
dando la espalda a Filodoro.

FILODORO: Pues todo lo puede ser,
no diría yo que no,
tal como estoy yo subido
trepando por los tejados.
No sé, a mí me pareció
que teníais ojos negros
y ahora los veo azulados.
Tendré que cambiar la trova
que os había preparado.



Bueno, ahí va esta:
(Declamando con mucha afectación.)
“Ojos claros y serenos,
¿si de un dulce mirar sois alabados
por qué si me miráis, miráis airados?”

Se resbala un poco por la enredadera.

¡Uaaah, que me mato!
¡Ejem, ejem!
“Si quanto más piadosos
más bellos pareceis a quien os mira
no me miréis con ira
porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros y serenos.
Ya que ansí me miráis,
¡miradme al menos...!”

Albino, aprovechando el embelesamiento de Filodoro, se acerca a él como para abrazarlo y, disimuladamente, sin que Filodoro lo advierta, saca una daga y corta la enredadera.

(Mientras cae.)
¡Uaaaaahhhh!

ENDOCRINO: ¡Señor, no soltéis la rama!

Endocrino corre tras el seto donde ha caído Filodoro. Por unos instantes desaparecen ambos de la vista del público.

¡Ay, señor, que tremenda costalada!

FILODORO: ¡Aaaay! Calma, mi buen Endocrino,
lo que ha pasado no es nada.

ENDOCRINO: Esto nos ha de pasar
por andar siempre trovando.
¿Estáis bien, mi señor conde?

FILODORO: Parece que he caído en blando.

ENDOCRINO: (*Viendo el cadáver del trovador gris.*)
¡Ay, Dios mío!
¡Que habéis quitado la vida
a un hombre con la caída!

Endocrino saca a Filodoro de detrás del seto y lo sitúa en el escenario, donde puede ser visto por el público. Filodoro presenta un aspecto lamentable y no puede mover la pierna derecha.

FILODORO: ¡Ay, ay, ay!
¿Y cómo puede ser eso?

ENDOCRINO: (*Desde detrás del seto.*)
¿Matado? ¿Digo matado?
¡Si de espada tiene herida
en el sangriento costado!
¡Ay Virgen del Amor Hermoso,
marchémonos enseguida!

FILODORO: (*Suspirando, maltrecho por las heridas.*)

Ahora que había triunfado,
me veo, por infortunio,
de aquesta forma tirado.
Y estando como estoy, muerto,
¿aún me dices que he matado?

ENDOCRINO: No habéis matado, proclamo,
que este muerto que hay aquí
debía estar cuando llegamos.

FILODORO: ¿Y quién lo ha muerto, por Dios?

ENDOCRINO: ¿Cómo he de saberlo yo?

Endocrino ayuda a su señor que esta muy maltrecho por la caída.

FILODORO: Ay, Endocrino, mi amigo,
que ha sido mala caída
y creo yo, por mi vida,
que ahora aquí se va a acabar
esta vida de penar.

Endocrino lo deja en el suelo.

ENDOCRINO: Callad, señor Filodoro,
que aquesto no pasará
mientras pueda yo ayudar.

Lo intenta levantar. Sale por la izquierda don Metódico empuñando una espada. Endocrino se sobresalta y da unos pasos atrás, circunstancia que aprovecha Metódico

para poner la hoja de la espada en el cuello del recostado Filodoro.

METÓDICO: Por fin, por fin, Filodoro,
te tengo bajo mi espada;
y con su punta afilada,
te haré un tajo en la garganta
para que te cubra la sangre
¡como si fuera una manta!

FILODORO: Ah, Metódico, por fin...
Tú lo dices, esa razón no te falta.
Bien presto debo morir
por aqueste mi delito.
Puedes hacerme sufrir
menos que poco, un poquito.
Cometido he desatino,
burlado he mi condición
de honesto y casto padrino.
¿Pero qué puedo hacer yo
si cuando vi su mirada
-creo negra, no azulada-
el amor me despertó?
Razón tenéis, buen Metódico,
en matarme por despecho,
que aquí está este Filodoro
que a lo hecho, pone el pecho.

ENDOCRINO: Señor, no me lo matéis,
que es mitad enfermo y loco,
que sólo en ideas vive
pero de hechos, muy pocos.

METÓDICO: ¡Lo mataré y cállate,
o no te librarás tampoco!

FILODORO: Heme aquí, qué voy a hacer,
enfermo y descalabrado;
la única vez que fui amado
de cuantas damas trové.
Qué singular paradoja,
para una vez que me aman
y muerto me voy a ver.

METÓDICO: ¿Qué os aman, decís?
¡Ja, ja, ja.!
Sois un incauto mancebo.
¿Cuenta no os habéis ni dado
de que todo fue un engaño
por mi buen seso tramado?
¿Creéis que mi dama Elvira
podría amaros a vos?
¡Miraos, mi buen señor,
tan maltrecho y desgarbado!

Sale Albino disfrazado de Elvira, con una espada.

FILODORO: Señora, marchaos de aquí,
que no es menester que dama
venga a pelear por mí
empuñando aquesta espada.

METÓDICO: ¿Señora?
¡Descubríos, Albino!

Albino se quita el pañuelo de la cara y la capucha que ocultaba sus facciones y con un rápido movimiento apunta a Endocrino con la espada.

ENDOCRINO: ¡Oh, qué infausto desatino!

FILODORO: ¿Pero qué es esto? ¿Qué pasa?
¿Que mi ser idolatrado
era Albino disfrazado?

METÓDICO: (*Con ironía.*)
¿Qué os creísteis, buen señor,
que la hermosa doña Elvira
iba a quereros a vos?
¡Pobre idiota Filodoro!

FILODORO: He perdido mi tesoro
en este vulgar engaño,
y ya no encuentro yo apaño
que salvaguarde mi honor.
¡Qué desdicha, qué dolor!
Por amor descalabrado,
por amores engañado,
¡humillado por amor!
Matadme, mi buen amigo,
dad a la espada buen uso
y que acabe con las penas
de este enamorado iluso.

ENDOCRINO: ¡Mi señor, tened piedad!
¿No veis que no ha defensa,
que en la caída se ha roto

los dos huesos de una pierna?
¿Qué clase de caballero
da muerte a otro señor
delante de su escudero
que ruega su compasión?

ALBINO: *(Con ironía.)*
¿Caballero? ¿Qué decís?

METÓDICO: ¡El honor es mi dinero!

ALBINO: Por Dios que andas confundido.
Has de saber, Endocrino,
que don Metódico atiende
con esta su actuación,
más que a cuestiones de amor,
a las cosas de la hacienda,
que pintan mucho mejor.

METÓDICO: ¡Acabemos!
(Irónico.)
¡Por mi honor!

Va dar la estocada a Filodoro, pero en ese instante entra el Noble Juan en escena y, con un certero golpe de mano, derriba a Metódico antes de que mate a Filodoro. Albino corre a socorrer a Metódico pero se encuentra con el Trovador Negro que sale de detrás de un seto y le hace frente. Metódico, Albino, el Noble Juan y el Trovador Negro se enzarzan en gran pelea. Mientras, Endocrino asiste a su señor. En el momento en que el Noble Juan y el Trovador Negro hieren mortalmente a sus adversarios,

entran corriendo, muy excitados, doña Elvira, la Dueña, don Polimorfo y dos guardias.

ELVIRA: ¡Oh, qué terrible panorama!
(*Acercándose a Filodoro.*)
Estáis herido, señor.
(*A los guardias.*)
¡Presto, avisad al doctor!
Los dos guardias abandonan la escena.

FILODORO: No, no es nada.
No me duele aquesta herida,
si no los tajos del alma.
(*Al Trovador Negro.*)
¿De dónde salisteis vos,
caballero ennegrecido,
del cielo para salvarme
o de infierno sois venido?

TROVADOR NEGRO: Ni lo uno ni lo otro,
que en esta villa he nacido.

ELVIRA: Encontrólo el Noble Juan
en el jardín escondido.
Le informó de la conjura,
decidió venirse y vino.
No quiere decir su nombre,
ni su grado ni su sino.
Sólo que acudió a trovar
y que no anduvo muy fino.

FILODORO: Decidme quién sois, señor,

que mi vida habéis salvado,
aunque al salvarme, también,
me veo a vivir condenado.

El Trovador Negro se quita la máscara y el sombrero.

TIODORO: ¡Ooooohhh! ¡El Comendador!

FILODORO: ¡Con que también vos andáis
de esta dama enamorado!

NOBLE JUAN: ¡Pero si vos sois casado!

COMENDADOR: Es cierto, para mi mal.

FILODORO: Vámonos, buen Endocrino,
que no sirvo en este lado.
Aquí vine por amores
y vuelvo a casa lisiado.
No hay nada peor que ser
por amores humillado.
¡Se acabaron ya las trovas!
¡Soltero, pese a mal grado!

Endocrino ayuda a su maltrecho señor a incorporarse.

ELVIRA: No, deteneos,
mi valiente caballero,
mi muy caro trovador.
Apartad este temor
de este miserable engaño,
porque quiero, ante los años,

declarar aquí, ante todos,
que no es mentira que os amo:
Os amo, buen Filodoro.

FILODORO: *(Erguido con orgullo, ayudado por su criado.)*
¿Qué decís, señora mía?
¡Mirad que no tengo el cuerpo
para mucha tontería!

ELVIRA: Que os amo, oídlo bien.
Desde que os vi en la fiesta
soñé con vos cuatro veces,
¿cuatro veces?, ¡digo cien!

Filodoro, sorprendido, forcejea con Endocrino para que le suelte. El criado lo suelta y Filodoro intenta poner una postura tiesa y digna pero se pega un fuerte trompazo contra el suelo. Endocrino corre a incorporarlo.

FILODORO: ¡Oh, qué dicha inesperada!
¡Oh, qué soberbia noticia!
Por fin me ama una amada
cuando me hundo en la estulticia.
¡Qué paradoja, señores!
¡Qué alegría, mi Endocrino!

Abraza a Endocrino emocionado.

COMENDADOR: ¡Un momento!
El Noble Juan me ha contado
la trama de este sujeto;
(señala a Metódico que yace a su lado)

y lo que intentó hace un rato
para contra Filodoro
cometer asesinato.
De este lance, Filodoro,
con fortuna habéis salido
y con discreto decoro.
Como soy la autoridad
un solo secreto os pido.
Si llegamos a un acuerdo
lo de esta noche lo olvido.
Os quiero yo proponer
un acuerdo peregrino
que resuelva tanto mal
sin que afecte a mi destino
y a mi probada moral.
Es aquesta mi propuesta:
Si calláis a mi mujer
los hechos de esta ocasión,
esta aventura alocada,
os doy yo la bendición
y aquí no ha pasado nada.

NOBLE JUAN: Pero, señor, ¿y los muertos?

COMENDADOR: Ha sido en lance de honor.
Y en ellos mediaba engaño
para matar a traición.

ENDOCRINO: ¡Por Dios que es bueno este apaño!

ELVIRA: Gracias, mi comendador.

ENDOCRINO: Mis señores, perdonad,
no quiero yo importunar
este acto de bondad.
¿Pero es que habéis olvidado
al que está despatarrado
detrás de ese matorral?

COMENDADOR: Por Dios que dices lo cierto,
¿quién será aqueste gañán
que de pronto me atacó
cuando vine yo a trovar?

Endocrino, el Comendador y la Dueña van a donde está el cadáver. Elvira y el Noble Juan atienden a Filodoro. Don Polimorfo está sentado, en silencio.

ENDOCRINO: *(Sacando al cadáver por los pies de detrás del seto.)*
Retirémosle la capa
bajo la sangre cuajada.

Le quitan la capa.

COMENDADOR: ¡Su identidad se me escapa!

DUEÑA: *(A Elvira.)*
¡Es el de la naranjada!
¡Es el gallardo soldado,
que la otra noche en la fiesta,
ni a sol ni sombra os dejaba!

ENDOCRINO: Triste final ha tenido.

No sólo es que murió en duelo,
que, además, don Filodoro,
le vino a llover del cielo.

COMENDADOR: Todo está resuelto ya.

Se dirige a don Polimorfo que está callado y asustado.

A vos que estáis tan callado
algo os quiero proponer:
tendréis, pues, que conceder
la mano de aquesta dama
a este caro señor.
Que si no lo hacéis, por Dios,
que contaré que en la trama
también participasteis vos.

POLIMORFO: Señor, yo me vi perdido
por mi miserable honor.
Ante mi hija y el conde,
os pido humilde perdón.
Y si queréis castigarme
sin duda lo entenderé,
que siempre será mal hombre
el que obligue a una mujer
a casarse si no quiere
sin tino ni proceder.
Y si la dama es su hija,
tanto más pecado habrá.
Perdonadme, hija mía,
estas ansias de medrar.

COMENDADOR: Sea pues.

Y vos, señor Noble Juan,
quiero que vengáis conmigo
que os voy a hacer capitán,
pues jamás he visto en hombre
nobleza y valor igual.
Y a Filodoro y a Elvira
doiles yo mi bendición.

FILODORO: Os agradezco, señor,
la merced que ahora me hacéis
y os prometo, por mi honor,
que de ahora en adelante
seré vuestro servidor.
Sabed, con ello, por tanto,
que nunca desvelaré
vuestra secreta aventura.

COMENDADOR: ¿Y a vos os llamaban loco?
Admiro vuestra cordura.

ENDOCRINO: Yo admiro esta solución.

FILODORO: Se me ocurre en este acto
rima de agradecimiento
a mi dama, a mi sustento:
“*Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido c
omo lo fue Filodoro
cuando a la trovada vino:
doncellas cuidaban d’el;
princesas del su Endocrino*”.

ELVIRA: ¡Mi gran caballero andante!

ENDOCRINO: Esa rima es de Cervantes.

FILODORO: ¡Ah, que suerte; ah, que gozo!,
qué delicia de cuidados.
Heme aquí, tullido, cojo,
mas por amores curado!
Me he visto, a mi alrededor,
de canallas rodeado,
muertos todos, ensartados,
por su propio odio traidor.
Y después de tanto amor
en balcones confesado,
de haber sido bien burlado
en todo lance de honor,
mirad a este trovador,
menos sano que lisiado,
por su señora ayudado:
¿hay medicina mejor?
Endocrino, amigo mío,
busquemos buen acomodo
que quiero decir a todos
que a Elvira he de desposar
si se digna ella a aceptar
conmigo el matrimoniar.

Elvira da su consentimiento con la cabeza y Filodoro la abraza.

Y en los años venideros
se recordará mi estado,

mis hechos y mis andanzas,
con suspiros sosegados.
Yo que tanto en vano amé,
con amores soy pagado.
Grite el mundo la ventura
de este hecho afortunado:
¡El triunfo de Filodoro!
¡Filodoro enamorado!

TELÓN

Fin de la comedia

MÚSICA

- “Hermosa Catalina”. Francisco Guerrero. Del Cancionero de Medinaceli, 1535-1595.
- “Ay Linda Amiga”. Anónimo. S. XVI
- “Ay, Luna que reluces...”. Anónimo. Del cancionero del Du que de Calabria.
- “Prado Verde y Flordo”. Francisco Guerrero. Del Cancionero de Medinaceli, 1535-1595.
- “Pues que no puedo olvidarte”. Ginés de Morata. Del Cancionero de Medinaceli, 1535-1595.
- “Amor que me cautivas”. Anónimo. S.XVI.

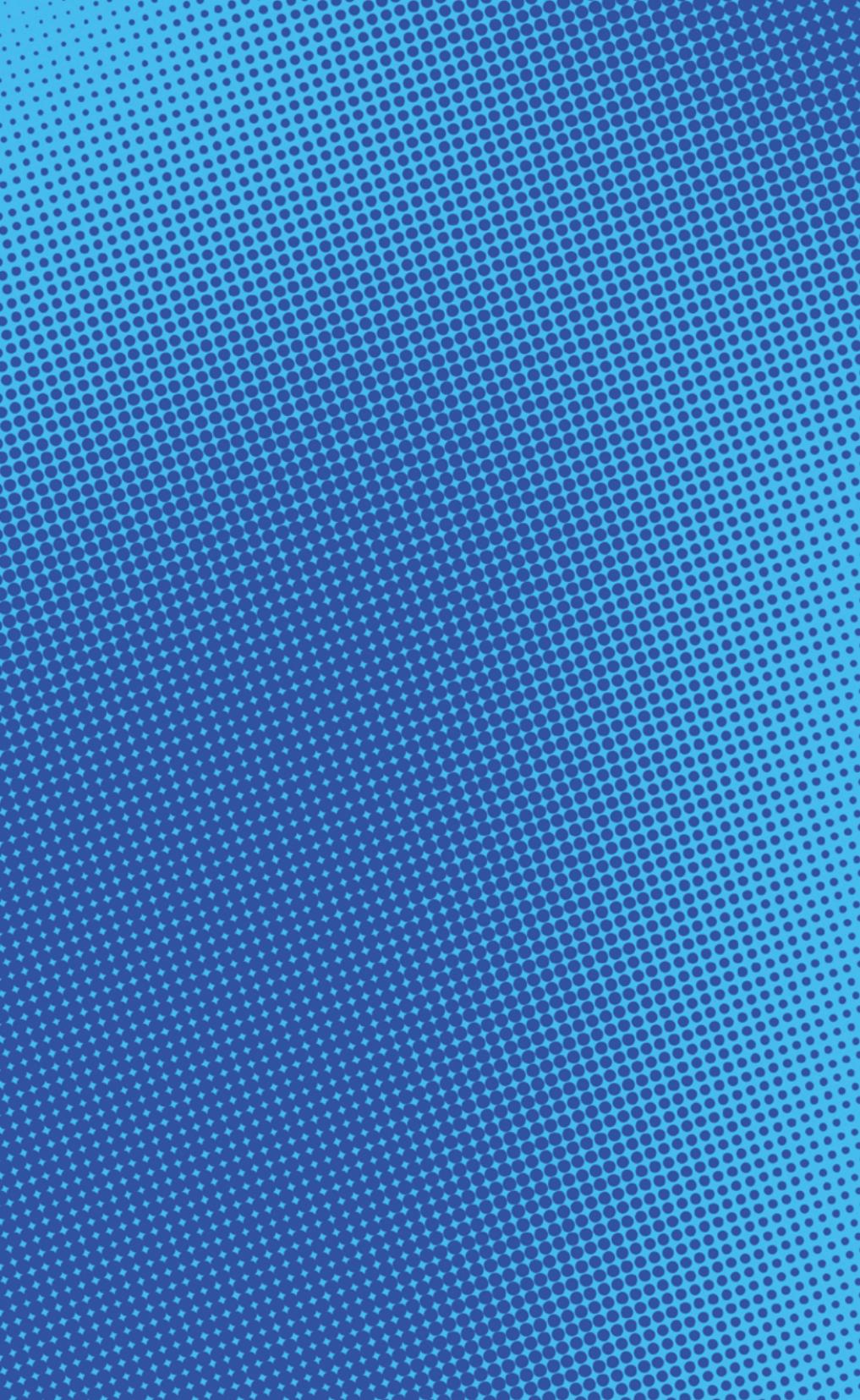
POEMAS Y CITAS

- “Ojos claros y serenos”. Gutierre de Cetina. 1515-1554.
- Extracto (*adaptado*) de “*La Vida es Sueño*” de don Pedro Calderón de la Barca (1600-1681).

- Extracto (*adaptado*) de “Don Juan Tenorio” de José Zorrilla (1817-1893).
- Extracto (*adaptado*) de “De la dulce mi enemiga”, anónimo del S. XVI.
- Soneto “Con este pobre canto, dueña mía...”, del autor.
- “Nunca fuera caballero...” de “El Quijote” de don Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), extracto adaptado del “Romance de Lanzarote”.

SE ACABÓ DE EDITAR ESTE
LIBRO EL DÍA 16 DE ENERO DE
2008, ESTANDO AL CUIDADO
DE LA EDICIÓN EL SERVICIO
DE PUBLICACIONES DE LA
UNIVERSIDAD DE HUELVA





COLECCIÓN
MONTELUNA

CERTAMEN NACIONAL DE TEXTOS TEATRALES **MONTELUNA**



Universidad
de Huelva



Ayuntamiento
de **Cartaya**